11331

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

UNA VISITA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

POR

DON EDUARDO DE INZA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

ADICION

á las obras de esta Galería, posterior á la de 24 de Enero de 1

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.
		COMEDIAS Y DRAMAS.		
		Adelina	1	Sres. Lastra y Prieto
4	2	Al revés—j. o. v.	1	D. Juan Mela
3	2	Basta de matemáticas—j. o. p.	1	Vital Aza
3	1	Bromas con la vecindad	1	Eduardo de Inza
5	2	Deuda de sangre—d. o. v.	1	José Velazquez
1	2	El amor de Cayetana—c. o. v.	1	Vicente Rubio
3	2	El hijo de D. Damian—j. o. v.	1	Pedro Escamilla
5	1	El último dia—c. o. v.	1	Sres. Velilla y Montoto
4	2	Estrella—c. o. v.	1	D. J. Velazquez y Sanchez
		Juan Leiden	1	Eduardo Navarro
2	2	La sota de bastos—j. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon
3	1	Los cesantes—j. o. p.	1	D. José Mota y Gonzalez
2	2	Los tres mosqueteros	1	Eduardo de Inza
2	3	Más vale llegar á tiempo—p. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon
4	2	Padres ante todo—d. o. v.	1	D. José Sanchez Arjona
		Pelillos á la mar	1	Leandro Torromé
		Pescar por partida doble	1	Leandro Torromé
		Por lo flamenco	1	Pedro Escamilla
3	2	Una visita	1	Eduardo de Inza
6	1 a.	El general Bonete ó el cura Santa Cruz—c. o. p.	2	Francisco Macarro
		El nido de la cigüeña	2	Juan Bergaño
8	1	La serpiente del crímen—d. o. v.	2	Juan de Alba
8	1	Una aventura del Czar—c. a. p.	2	Sres. Fuentes y Alcon
		Agrippina, viuda de Germánico	3	D. Luis Bonafox
6	3	Desde el umbral de la muerte—c. o. v.	3	Tomás Rodriguez Rubí
		El buen caballero	3	Antonio G.ª Gutierrez
		El pecado de Cain	3	Eduardo Navarro
		Judit	3	Luis Bonafox
		La paz del hogar	3	Leandro Torromé
8	2	L'Hereu—d. o. v.	3	Sres. Retes y Echevarría
8	2 a.	La pompa de jabon—c. a. p.	3	D. Joaquin García Parreño
		Norma	3	Luis Bonafox
		Pia de Tolomei	3	Luis Bonafox
		Sembrad y cogereis	3	D.ª Dolores Monserdá

UNA VISITA.

EVA VIRTA

UNA VISITA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

POR

DON EDUARDO DE INZA.

Representada con extraordinario éxito por primera vez en el Teatro de VARIEDADES el dia 27 de Setiembre de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES.	Srta. Védia.
ADELA.	Srta. Espejo.
ENRIQUE VERGARA.	Sr. Vallés.
ARTURO.	Sr. Zamacois.
MACARIO.	Sr. Martinez.

La escena pasa en una casa de campo de las inmediaciones de San Sebastian.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON ENRIQUE CALVO,

Como débil muestra de cariñoso afecto y testimonio de sincera amistad, dedica esta comedia su afectísimo

Eduardo.

ACTO UNICO.

Jardin. En el promedio de la escena una verja, á través de la cual se ve el fondo del jardin. Á la izquierda del espectador un banco ó sofá campestre. Á la derecha una mesa rodeada de sillones y sillas de rejilla. Sobre la mesa un bastidor, en el que hay un bordado á medio concluir, y un jarron con flores. Á la derecha del espectador la fachada de un edificio, con dos pabellones en los ángulos de aquella.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telon, VERGARA, fumando, se pasea por la escena apresuradamente hablando consigo mismo, y afectando una grave preocupacion. MACARIO, en el fondo cogiendo fruta, sigue con curiosa insistencia las idas y venidas de Vergara. Durante algunos momentos, se prolonga esta escena muda.

VERG. Pues señor, nada! la hora del tren y nada! (Se deja caer en una silla y desdobla un periódico que saca del bolsillo.)

MAC. (Pero qué tendrá el amo? (Se coloca detrás de la silla.) Á mí me parece que algo le escarabajea... Anda! suspira y todo!)

VERG. Y á mí qué me importará todo esto? (Estruja sobre sus dedos el periódico.)

MAC. (Claro! como que está usted leyendo patas arriba...)

VERG. Eh! Quién anda ahí? (Se encuentra cara á cara con Macario,

que suelta una carcajada.) De qué te ries, animal!

MAC. Pues si no me rio, señor.

VERG. Habráse visto mayor desvergüenza?

MAC. Y yo qué culpa tengo? no ve usted que no lo puedo remediar? Pues está bueno! (Mutis. sin cesar de reir.)

VERG. Si no mirára!... (Habrá descubierto este gaznápiro?...)

MAC. (Al salir, á Mercedes, que aparece puerta derecha.) Já, já, já. Ahí tiene usted al amo, señorita; (Con misterio.) yo creo que está algo tocado de acá. (Señalando á la cabeza. Váse.)

ESCENA II.

VERGARA y MERCEDES, en traje de calle, avanza con lentitud sin apartar la vista de su esposo.

VERG. No me faltaba ya otra cosa, sino que ese zángano se riera en mis barbas.

MERC. Dónde está el zángano?

VERG. Ah! Perdona, hija mia, no te había visto. Estaba lamentándome de una nueva tontería de ese estúpido de Macario.

MERC. Pobrecillo! no merece esas ausencias por cierto; sobre todo, ahora que el infeliz me ha encargado que te cuide, porque... no estás bueno.

VERG. Que no estoy bueno?

MERC. Qué quieres, hijo; todo el mundo está en la casa inquieto por tí: hace unos cuantos dias que no eres el mismo, y esto llama la atencion. Estás fuera de tu centro, nervioso, sobresaltado, qué sé yo! En fin, pareces otro desde el dia que se marchó Arturo.

VERG. (Malo!)

MERC. (Mirándole fijamente.) Adónde le has mandado ir?

VERG. Yo! Vaya, mujer, que se te ocurren unas cosas... Adónde te parece á tí?

MERC. Contesta, hombre, contesta. La que pregunta soy yo.

VERG. Vamos, Mercedes, vamos! dejémonos de cuentos. (Mirándola fijamente y cambiando de conversacion.) Y tú, dónde vas ahora, si se puede saber?

MERC. Á misa: no sabes que es domingo? No me acompañas tú?

VERG. Hoy no puedo; tengo que hacer por la mañana, y ademas no estoy del todo bien.

MERC. Ya! (Mirando el reloj.) En efecto, es la hora en que llega el tren.

VERG. Qué?

MERC. Ya! ya he advertido hace dias que á estas horas se exaspera tu enfermedad.

VERG. (Por vida de Arturito...) Pues sí, hija, sí, estoy inquieto... sí, hija, sí, espero á una persona.

MERC. Conque lo confiesas?

VERG. Y por qué no? Espero á Adela, no lo sabes?

MERC. Á mi cuñadita, que por más señas no me puede ver ni en pintura.

VERG. Y se comprende...

MERC. Un millon de gracias.

VERG. No, no he querido decir...

MERC. Lo ves, hombre, lo ves? tu cabeza no está del todo firme. (Se sienta en el banco.)

VERG. Mi cabeza está como debe estar, poco á poco.

MERC. Por supuesto, que si ella me aborrece, la culpa es tuya, y nada más que tuya.

VERG. Mia?

MERC. Precisamente. Cuando eras soltero, se comprende que estuviese educándose en el convento, porque no era posible que la tuvieras á tu lado, pero despues hemos debido sacarla de allí. Recordarás que ántes de irnos á Pau te lo dije más de mil veces.

VERG. Pero ya sabes que fuimos á Pau á pasar la luna de miel...

MERC. Y eso qué?...

VERG. Que tres es mal número para la luna de miel. (Intentando abrazarla.) No lo crees tú así?

MERC. Para la luna de miel y para despues tambien; pero una hermana no entra en cuenta.

VERG. Á pesar de lo dicho, me parece que dudas todavía. Pues

mira, aquí está la prueba. (Saca la petaca y de ella una fotografía y la enseña.)

MERC. Ah! su retrato! Pero hombre, pones á tu hermana entre los cigarros.

VERG. Tiene aquí sitio á propósito: ademas el retrato está dentro de un sobre, en el que Adela ha escrito dos líneas anunciándome su venida y diciéndome que me mandaba su vera efigie para que me acordára de ella, porque creía que despues de tanto tiempo me habría olvidado hasta de su cara.

MERC. Pobre criatura! (Devuelve el retrato, que Vergara coloca de nuevo en la petaca.)

VERG. Vamos! y ahora dudas todavía...

MERC. No, hijo, no; ni lo más mínimo. Adios, hasta luégo. (Medio mútis.)

VERG. Hasta luégo, Mercedes, hasta luégo. (Gracias á Dios!)

MERC. (Volviendo.) Pero señor, en qué estaría yo pensando? Hoy tambien se me olvidaba decirte una cosa que hace tres dias tengo que contarte, y siempre se me pasa.

VERG. Tres dias? y qué es, hija mia, qué es?

MERC. Nada; que me han mandado un anónimo.

VERG. Un anónimo? de quién?

MERC. Cómo de quién? Cuando yo digo... (Riendo.)

VERG. Es verdad; siendo anónimo... quería decir...

MERC. Ave María, hombre! no te ha hecho poco efecto la noticia.

VERG. Por tí, sólo por tí... porque si en esa carta te injurian ó te ofenden... Y qué dice el anónimo, si se puede saber?

MERC. La verdad es que si hubiera sabido que te iba á hacer esa impresion, no te lo digo.

VERG. Sí, sí, ya estoy; eres tan buena... pero qué decía el anónimo?

MERC. Nada apenas. «Ruego á usted anuncie al señor de Vergara que en breve recibirá una visita.»

VERG. Una visita! (Esto sólo faltaba!)

MERC. Comprendes? (Mirándole.)

VERG. No; no por cierto, hija, ni una palabra. (Hace tres dias!)

MERC. Vaya, adios, que ya es tarde para mí. (Medio mutis.)

VERG. Tres dias! Señor Dios de los ejércitos... (Cae desvanecido sobre una silla.)

MERC. (Volviendo.) Si por casualidad... (Vergara se levanta.) Si por casualidad viene esa visita mientras yo estoy fuera, espero que serás tan amable que la recibirás. Quisiera, sin embargo, estar aquí para hacer yo misma los honores.

VERG. Mercedes; óyeme, Mercedes; te juro por lo más sagrado...

MERC. Já! já! já! Adios, hombre, adios. Creo que Macario tiene razon. Tú no estás bueno. Já! já! já!

ESCENA III.

VERGARA, despues ARTURO en traje de viaje.

VERG. Tres dias! Una visita! Sí; todo lo comprendo; y lo hará como lo dice... la conozco; es muy capaz de eso y de mucho más. (Con rabia.) Pero ese bribon de Arturo, qué está haciendo que no viene? Adónde diablos se ha metido ese títere. Tengo más ganas de echarle la vista encima... bergante! (Arturo, que ha entrado en escena al tiempo de pronunciar Vergara su nombre.)

ART. Cómo se pide, hombre, cómo se pide!

VERG. Hola! en tí estaba pensando.

ART. Ya te he oido...

VERG. Chico, dispensa...

ART. No hay de qué! Un escritor célebre ha dicho «que no existiría la amistad en el mundo, si el hombre pudiera oir lo que su más íntimo amigo dice de él cuando no está delante.» (Cambiando de tono.) Pero yo no hago caso. Mercedes está buena?

VERG. Sí: no la has visto?

ART. De lejos he creído divisar su talle divino, y aquel contorno admirable...

VERG. Qué florido vienes. Querrás tomar alguna cosa, eh? (Llamando.) Macario! Macario!

ESCENA IV.

DICHOS y MACARIO.

MAC. Señor? Hola! Hola! Conque ha venido usted ya, señorito? Me alegro!

ART. Adios, Macario.

VERG. Avisa para que preparen el almuerzo al señorito Arturo; pero en seguida, hombre, en seguida. (Medio mutis Macario.)

ART. No, no! no quiero comer; mejor beberé cualquier cosa: lo que tengo es sed.

MAC. Velay! Si llego á ir en seguida se tiene que beber una chuleta ú dos.

VERG. Tráete una botella de Jerez y bizcochos.

MAC. Pues ya lo creo, á escape. Quede usted con Dios, señorito; me alegro de que no haiga habido la menor dificultad.

VERG. Macario! Macario! (Impaciente.)

MAC. Ya voy! (Vamos, que lo digo y lo repito: el amo está tocado. Já! já! já!) (Mutis.)

ART. Este Macario para una prisa es lo que cabe.

VERG. Vamos á ver, Arturo, y mis cartas?

ART. (Canario!) Todo, absolutamente todo lo que me encargaste está hecho.

VERG. Arturo de mi vida, gracias; te debo mi salvacion. (Le abraza.)

MAC. (Macario con una bandeja, copas y bizcochos.) Me parece á mí, digo yo, vamos, que no he tardado. Válgame Dios, y lo que se va alegrar la señorita de verlo! (Á Arturo.)

ART. De veras, Macario? (Entusiasmado.)

MAC. Toma, pues ya lo creo. Como que usted es su primo... y un primo siempre es... velay!

ART. Ya!

MAC. Se ofrece algo más?

VERG. No; lárgate cuanto ántes si no quieres...

MAC. Y cómo me he de ir si no quiero?

VERG. Macario! (Agarrando una silla.)

MAC. Ya me voy! (Pues ahora no me he reido.)

ESCENA V.

VERGARA y ARTURO.

ART. Chico, sabes que pensándolo bien, la comision que me diste era de un género algun tanto equívoco?

VERG. No lo veo yo así: al fin y á la postre, de qué se trataba? de un capítulo de historia antigua: de un olvido involuntario. No te rias, que esa es la verdad: no te leí y te entregué ademas su carta llena de amenazas?

ART. La carta de Fany... Ya lo creo! aquí la tengo, ni un momento se ha apartado de mí... Mira. (Saca del bolsillo una carta y lee.) «Tesoro de mi alma: has faltado á todas »tus palabras con una constancia que honraría á tu »amor: te has casado! Eres un ingrato. En mi poder »son aún cinco cartas tuyas, que aprecio en dos mil »reales cada una. Si quieres recobrarlas, manda el di»nero. En otro caso se las giraré á tu mujer á la vista...»

VERG. Basta, hombre; al grano.

ART. Pues el grano es, que mientras tú me revelabas este secreto, te acuerdas? llegaron hasta mi oido los acordes de un piano, y el dulce acento de Mercedes hizo vibrar las fibras de mi corazon.

VERG. Pero qué tiene que ver eso?

ART. Al oir aquella dulce y argentina voz, comprendí que no debía vacilar, te cogí una mano, te cogí la letra de diez mil reales, cogí el saco de noche, cogí el tren...

VERG. Adelante, Arturito, adelante.

ART. Á las tres horas de viaje oigo... Alsasua, quince minutos de parada y fonda.

VERG. Y qué?

ART. Al oir Alsasua me estremecí de piés á cabeza, y me pareció que el alma se me quería salir del vagon.

VERG. No comprendo.

ART. Lo creo; tú no te hubieras estremecido; y sin embargo, á dos pasos de allí ha nacido ella.

VERG. Quién es ella?

ART. Mercedes, infeliz, Mercedes.

VERG. Y qué importa eso para el asunto?

ART. Que qué importa? (Con emocion.) es mi prima, nos hemos criado juntos y... todo el mundo dice que éramos entónces dos criaturas hermosísimas.

VERG. No divaguemos, Arturo, no divaguemos.

ART. Salté del vagon y sin detenerme corrí al caserío que nos vió nacer; sentía un ardiente deseo de contemplar aquellos sitios; todo estaba allí, la misma casa, la misma huerta, el mismo hortelano; es decir, el hortelano era otro, pero parecía el mismo; tambien la montaña que se eleva detrás de la casa, es la misma todavía; y por último, el estanque sigue con la misma agua que tenía el dia que Mercedes me zambulló en él de cabeza. Por cierto que me costó tener una indigestion que me duró tres dias. Ah! los dulces recuerdos de la tranquila infancia no se borran jamás de la memoria.

VERG. En resumidas cuentas, el tren se iría sin tí.

ART. Seis dias seguidos se fué sin mí!... Estaba tan preocupado con aquellos recuerdos... Ah! y perdí el saco! lo dejé en el asiento y como no estaba facturado...

VERG. Qué oigo! Entónces mis cartas!... Asesino!

ART. No te precipites, hombre, ya llegaremos: (Prosiguiendo su relato.) Aquellos sitios, por otra parte, ayudaban con su soledad y su misterioso encanto al propósito que tenía de hacerte una importante revelacion.

VERG. Á mí?

ART. Sí, porque tú no sabes la mision que me he propuesto desempeñar en tu casa.

VERG. No por cierto.

ART. Nací predestinado á una cosa y tú has venido á oponerte á que mi destino se cumpla.

VERG. Yo!

ART. Sí, tú; mi destino era casarme con mi prima.

VERG. (Gritando.) Con Mercedes? Con mi mujer? pues me gusta!

ART. Tambien á mí, desde que tenía seis años y cinco meses.

VERG. Y me lo cuentas á mí? á su marido.

ART. Á quién puede interesarle más? Dame un cigarro. (Vergara le da la petaca bruscamente.) Por lo demas puedes estar tranquilo; este amor es un poema del que Mercedes no conoce ni conocerá jamás la primer octava siquiera.

VERG. Á que todavía tendré que darte las gracias?

ART. Sí, porque yo sólo me propongo ser al lado de tu mujer lo que Petrarca fué para Laura. Sabes que aquel la componía sonetos con el laudable fin de hacerla soportable su marido.

VERG. Conque soportable, eh?

ART. Y lo consiguió hasta el punto de que Laura vivió tranquila con su esposo y con sus once hijos.

VERG. Soportar es! Pero no me apures la paciencia y acaba de una vez con lo que me interesa. (Despues yo te arreglaré, primito.)

ART. Es muy justo. Por fin llegué un dia á tiempo de alcanzar el tren, y dí con mi cuerpo en Madrid. Fuí á Recoletos y entré en casa de la bailarina. Chico, qué casa! Bien se conoce que no eres tú el que paga ahora. Escalera de mármol con alfombra desde el portal. Llegué á la puerta de la habitacion, y una vez allí iba á tirar del timbre, cuando me detuve sin poderlo remediar: de repente una idea que cruzó por mi mente me dejó inmóvil como una estátua delante de aquella magnífica puerta. Es de caoba maciza, no creas.

VERG. Qué idea? Acaba. (Creciendo de pronto su impaciencia.)

ART. Me acordé de Mercedes.

VERG. Dale, bola! (Este chico no puede beber Jerez, está visto.)

ART. Tengo yo derecho de malbaratar su fortuna y con un motivo tan repugnante? pensé...

VERG. (Imbécil!)

ART. Sin embargo, llamé, se abrió la puerta y...

VERG. Gracias á Dios! (Respirando fuerte.)

ART. Me encontré cara á cara con una preciosa doncella; digo yo que lo sería de la dueña de la casa, rubia, con ojos azules, boca de clavel, en fin, chico! buena persona! La señorita Fany? la pregunto.—No está, caballero; ayer salió de Madrid.—Adónde?—Á tomar los baños no sé á qué punto, pero se fué por el ferrocarril del Norte. Es todo lo que sé.

VERG. Qué oigo! (Aterrado.)

ART. Eso mismo dije yo; pero por si acaso la encontraba al paso por algun pueblo, pregunté sus señas.—No será fácil dar con ella por sus señas, me dijo la doncella, porque tiene más bien aire de colegiala que de lo que es, vamos, de bailarina del Circo de Rivas, quiso decir. Entónces me vine, y aquí me tienes.

VERG. Y es eso todo lo que has hecho, mentecato? Conque es decir que Fany me persigue; que quizás á estas horas está aquí?

ART. Mucho me lo temo, chico; por desgracia es lo más probable.

VERG. (Furioso.) Oye, Arturo; si por acaso... (Suena la campanilla.) Cielos! han llamado!

ART. Que llaman? Estoy en ascuas. (Empujando á Vergara.) Anda á ver quién es, hombre, anda.

VERG. Si es ella... (Amenazando.)

ART. Sí, ya lo sé; la doy esos ochavos.

VERG. Te digo que si es ella... (Amenazando.)

ART. Pero quieres darte prisa? (Empujándole siempre.)

VERG. Te estrangulo! (Sale precipitadamente por la derecha.)

ESCENA VI.

ARTURO, despues MAÇARIO.

ART. (Gritando á la puerta.) Ingrato! (Cambiando de tono.) Comprendo que se apure. (Mirando.) Toma, pues si es el cartero! Qué cabeza la de este Enrique, tan pobre de ideas; en todo es mezquino este mozo, (Tratando de encender el cigarro.) hasta en los cigarros. Vaya un tabaco

que gasta. (Con indignacion.) Y puede que sea capaz de hacer fumar estos cigarros á Mercedes... Qué barbaridad! no sé lo que me digo! (Abriendo la petaca.) Todos son lo mismo. (Se le cae la petaca.) Bueno! sólo falta que se rompan. (Recoge la petaca.) Calla! un secreto! (Saca una fotografía.) Este ya es otro tabaco; es una jóven, y preciosa; la sílfide de Recoletos sin duda: abráse visto tuno más grande? Así la tiene siempre junto al corazon. Y en dónde, vean ustedes? (Señalando á la petaca.) En una petaca que le habrá regalado su misma mujer, como si lo viera. (Mirando la fotografía.) Y tenía razon la doncella: quién dirá que esto es una bailarina? parece la viva imágen de la virtud. La verdad es que todo se falsifica, está visto.

MAC. (Saliendo.) Le quito á usted todo, señorito?

ART. Qué?

MAC. Que si me llevo estos bártulos ya?

ART. Si, Macario, llévatelos.

MAC. (Mirando la botella.) Pues no ha dejao usted mucho que digamos! Es claro! Como que este Jerez es un netar; y miste que á mí me costa. (Bebe de la botella á tiempo que suena la campanilla.)

ART. Otra vez? Pero en esta casa no paran de llamar á la puerta.

MAC. Será la señorita.

ART. Quien? Mercedes? (Con entusiasmo.)

MAC. Aunque no! desde aquí veo unas faldas que no son las de mi ama.

ART. Faldas? has dicho faldas?

MAC. ¿Pues cómo se dice, vamos? (Llaman más fuerte.) Se quiere usté apostar que no hay nadie? Voy á abrir.

ART. No vayas. Faldas!! no faltaba más!

MAC. Pero señorito...

ART. Te lo prohibo: quieto ahí: si das un paso más, te cuesta la cabeza: lo oyes, la cabeza. (Sale corriendo por la derecha.)

ESCENA VII.

MACARIO, despues ADELA.

MAC. Conque la cabeza, eh? Ya será algo ménos. Este señorito me parece que tambien está tocao. (Adela aparece en la puerta del centro.)

ADELA. Macario!

MAC. Ay! Señorita! Es usted misma?

ADELA. Sí, hombre, sí, yo soy.

MAC. De veras? Caramba y cómo me alegro. Y con quién viene usted sola?

ADELA. Con una pasanta del colegio que se ha prestado á acompañarme, y á quien he dejado en la fonda hasta ver á mi hermano. Está bueno?

MAC. Ya lo creo; pero dendé que se ha casao está siempre hecho un toro, tiene un genial más malo... Ya ve usted, á mí mismo me está siempre riñendo y me trata de lo peor.

ADELA. Hace mal, porque tú no eres un criado como otro cualquiera, y aunque no mirára más sino que eres su hermano de leche.

MAC. Y de la señorita, que tambien lo soy.

ADELA. Cómo?

MAC. La primavera pasada hemos tomado juntos leche de burras del propio animal... conque...

ADELA. Á tí ya se te conoce. (Habrá tonto.)

MAC. Ya lo creo, me he puesto muy bueno.

ADELA. Déjate de sandeces y dime: mi cuñada es fea?

MAC. Quiá! ni ménos pensarlo!

ADELA. Entónces será mala. (Vivamente.) No me digas que no, porque no lo he de creer: estoy segura de ello; y no es porque no me haya escrito una porcion de cartas á cual más tiernas y cariñosas. Hipócrita! Ahora, hace un momento, cuando tardaban tanto en abrir, creí que ella habría dado órden para que no me dejaran entrar.

MAC. Qué demonio! Conque era usted la que llamaba? Si yo lo hubiera sabido...

ADELA. No te importe: afortunadamente ví que la puertecilla del jardin estaba abierta, y no hice más que despedir al cochero y entrarme como Pedro por su casa.

MAC. Pues está claro.

ADELA. Ahora, oye, Macario.

MAC. Pues hable usted primero.

ADELA. Ántes que á nadie quiero ver á mi hermano, á mi señor hermano, lo entiendes? á ese buen señor, que se atreve á casarse sin consultar ántes conmigo. Has visto tú cosa igual?

MAC. Cuando le digo á usted que ha mudado mucho... no es conocido.

ADELA. Pues á él quiero verle, lo entiendes? pero cuando yo te avise, ántes no; te enteras?

MAC. Ya lo creo!

ADELA. No le digas una palabra, ni media. Ahora lo que necesito es que me escondas hasta que yo te avise.

MAC. Pues mire usted, en ninguna parte mejor que aquí. (Señalando á uno de los pabellones.) En ese pabellon tiene el señor su oficina de estudio, y todavía no ha puesto en semejante parte los piés, conque...

ADELA. Bueno, y cuenta con lo que te he dicho. Cielos!

MAC. Qué es ello? la ha picado á usted algo?

ADELA. Quién es ese jóven que viene?

MAC. Ah, sí; es el señorito Arturo, el primo del ama.

ADELA. Su primo! Cuidado con decirle quien soy: dile lo que se te ocurra.

MAC. Esté usted tranquila, que á mi cargo va.

ESCENA VIII.

DICHOS y ARTURO.

ART. Pues señor, no habia nadie. (Reparando en Adela.) Pero calle! qué veo! Macario!

MAC. Señorito.

ART. (Bajo.) Qué significa eso?

MAC. Eso... significa una señorita.

ART. Gracias: eso ya lo veo: pero tú la conoces?

MAC. Yo! quiá! no señor.

ART. Animal! y sin conocerla, cómo permites...

MAC. Yo le diré á usted; conocerla... tanto como conocerla... vamos, que no la conozco, pero sé que ha venido con otra señora vieja... que no ha venido... está usted? y vienen ambas á dos á tratar de ver si compran, como quien dice, la huerta del Chivo, que está ahí por cima...

ART. Á comprar la huerta! (Se acerca á Adela, que esquiva el rostro.) Tan jóven y ya piensa en comprar una huerta! No puede ser.

MAC. Señorito, todo el mundo está por lo positivo.

ADELA. (Volviéndose.) Caballero!...

ART. (Retrocediendo asustado.) Caracoles! (Bajo á Macario.) (Vete de aquí, estúpido, vete.) (Se sienta en un sillon, á la derecha del velador.) (Nos cayó la casa á cuestas. Ya estamos en baile. (Mirando á Adela.) No me cabe duda.)

ADELA. Se pone usted enfermo?

ART. (Levantándose.) Quién, yo? no señora, gracias: pero al ver á usted he experimentado una sorpresa tan grande, que... (Debo estar verde!)

ADELA. (Qué tipo tan original!)

ART. (Sacando la fotografía y comparando.) (La misma que viste y calza.)

ADELA. (Que se apercibe del retrato.) (Qué miro?) (Á Macario.) (Oye, Macario, ese jóven tiene mi retrato.)

MAC. Claro! se le habrá dado la señorita Mercedes... como son primos...)

ADELA. (No lo decía yo? pues, esto es una infamia de mi señora cuñada.) (Á Arturo, con tono resuelto y algun tanto impaciente.) Es verdad, sí señor, yo soy; yo misma. Pero ya que por un abuso incalificable sabe usted quién soy, sabrá usted tambien que tengo razones puramente personales para desear que la señora de Vergara no sepa que estoy aquí. Confio en que será usted todo un ca-

ballero, y no dirá de ello una sola palabra... despues de rogárselo así... beso á usted la mano. Vamos, Macario. (Con sequedad.) Beso á usted la mano. (Mutis Macario y Adela, pabellon izquierda.)

ESCENA IX.

ARTURO, despues MERCEDES.

ART. «Confio en que será usted todo un caballero... y no dirá usted ni una palabra.» Qué es esto? Y se cuela de rondon en la casa!... Voy ahora mismo... (Viendo á Mercedes.) (Ah! aquí está Mercedes!) Oh! Mercedes! (Con qué chic baja la escalera! Qué bien pisa, Dios mio, qué bien pisa!)

MERC. Arturo! por fin has venido?

ART. Sí, hija, sí... y ese *por fin* que has dicho con tanta gracia, compensa el dolor de la ausencia. (Qué bien lo ha dicho; *por fin.*)

MERC. (Muy nerviosa.) No sabes lo que pasa?

ART. Habla.

MERC. Acabo de tener un disgusto horrible con mi marido.

ART. Ha tenido el atrevimiento...

MERC. De decirme cara á cara y con todas sus letras que soy insoportable.

ART. Pero tú no lo crees, verdad, Mercedes?

MERC. Le juro que me las ha de pagar.

ART. (Cómo me la ha cambiado!)

MERC. Por fortuna has venido y voy á saberlo todo.

ART. Eh? cómo todo?

MERC. No te pido más.

ART. Lo creo, cualquier mujer pediría otro tanto.

MERC. Tendré valor para todo, habla. Mi marido me engaña?

ART. No; *por ahora* no creo que piense en eso.

MERC. Cómo por ahora?

ART. Ya sé yo que el pobre no puede realizar el bello ideal que habías soñado.

MERC. Qué dices? acaba!

ART. No es culpa suya: su naturaleza no se presta á ello.

MERC. Pero todo eso qué importa ahora? Yo quiero saber quién es esa mujer... que le anuncia una visita.

ART. Tú sabías...

MERC. Lo ves? y tú tambien lo sabes. Dímelo, porque la menor contrariedad es para mí un dolor agudo... no te acuerdas?

ART. Cálmate, Mercedes, cálmate por Dios.

MERC. Ay! ya siento palpitaciones. El nombre de esa mujer, su nombre, Arturo!

ART. Mercedes!...

MERC. Las sienes se me saltan; su nombre!

ART. Mercedes!

MERC. Su nombre, su nombre! ay! yo muero! (Cae desmayada en brazos de Arturo.)

ART. Mercedes, Mercedes! (Qué preciosa está así! nunca la había contemplado bajo este punto de vista.)

ESCENA X.

DICHOS y VERGARA, por la derecha.

VERG. Caracoles! Qué significa...

ART. Chiss! Cállate y tráete un poco de éter.

VERG. Señora! (Gritando.)

MERC. Caballero! (Irguiéndose de pronto.)

VERG Señora! la prohibo á usted terminantemente que se desmaye en los brazos de su primo.

MERC. Caballero! y yo le prohibo á usted que tenga trapisondas y que me engañe con mujerzuelas.

VERG. Con mujer... qué?

MERC. Lo sé todo. (Se pasea precipitadamente.)

ART. No sabe nada. (Bajo á Vergara.)

VERG. Es decir que usted me declara la guerra. Pues bien... (Mercedes hace un signo de desprecio.)

ART. No grites tanto, porque va á venir.

VERG. Quién?

ART. Ella.

VERG. Está aquí?

ART. Allí dentro. (Señalando al pabellon.) Llévate á Mercedes.

VERG. Sí, Mercedes, sí, he estado algo grosero, tú eres un ángel...

MERC. (Furiosa.) Un ángel, es verdad. (Rompe un vaso que hay encima de la mesa.) Ya lo creo que lo soy; y demasiado amable; por eso abusas. (Hace trizas un ramo.) Todo el mundo sabe que soy una malva. (Rompe el pañuelo.) Pero un insulto semejante y en mi casa... Óyeme bien: si llego á descubrir un solo indicio que me revele la presencia de una mujer aquí, si noto una sola huella de su paso... (Arturo y Vergara figuran extender la arena con los piés.) (Sonriéndose.) Quereis echarla de calaveras? Pues bien, ten cuidado, Enrique, porque me vengaré y... me vengaré! (Sale precipitadamente arrojando el ramo á la cara de Vergara.)

VERG. Pero oye, Mercedes, no te vengues, por Dios; oye Mercedes. (Se va tras ella.)

ESCENA XI.

ARTURO, despues ADELA.

ART. Soberbio! soberbio! pero diablo, dice que se va á vengar! esto és serio. Tranquilízate, Mercedes! no verás nunca á esa mujer, yo te lo fio. (Adela, que poco á poco ha llegado hasta él.)

ADELA. Caballero Arturo!

ART. Calla! ya sabe mi nombre!

ADELA. Esa jóven era Mercedes?

ART. (Mercedes! me gusta la franqueza.)

ADELA. Es más bonita de lo que yo me figuraba.

ART. (De mal el ménos.)

ADELA. Pero cuando la he visto ántes romperlo todo no me ha parecido su genio muy dulce. Y mi pobre Enrique, que es tan bonachon!...

ART. (Su pobre Enrique! Esto es atroz!)

ADELA. No puede soportar esos caractéres tan violentos. Mejor

que ella sé yo cómo se le tiene que querer á Enrique.

ART. No me opongo! (Ya lo creo.)

ADELA. Cómo ha de ser! todo esto ya me lo había yo figurado... (Se sienta en el sillon de junto á la mesa.)

ART. Pero señora, se sienta usted?

ADELA. Y qué que me siente?

ART. Nada. (Pues es una friolera.) Como decía usted ántes que no quería ver á la señora de Vergara?... Por eso creo que no es prudente.

ADELA. Ahora ya me es completamente igual.

ART. Ah!

ADELA. Qué tiene usted? Se ha quedado usted así como sorprendido.

ART. Algo, señorita, algo. (Pausa.)

ADELA. Dígame usted, caballero; (Levantándose y acercándose á Arturo.) ¿cómo es que tiene usted mi retrato?

ART. El... Ah, sí... porque Vergara, ó mejor dicho, yo... En fin, es el caso que tenía un encargo para usted, y por no equivocarme...

ADELA. Un encargo!... (Asombrada.)

ART. Sí. Vergara me había dicho que fuera á ver á usted.

ADELA. Usted? Y por qué no iba él?

ART. Creo que temeroso de que no le recibiera usted bien...

ADELA. Ave María! me tenía miedo... qué tonto! no me conoce y sabe que todo se lo perdono?

ART. Gracias por él. Ademas, yo creo que su esposa tampoco tiene culpa de nada.

ADELA. Quién, Mercedes?

ART. (Dale bola!)

ADELA. Mercedes no; es verdad. Y sin embargo, que lo crea usted ó no, he estado muy celosa de ella; es una niñería, lo conozco; pero á veces no es una dueña de dominar sus sentimientos. Cuando supo que Enrique se casaba, lo primero que se me ocurrió fué que ya no me querría á mí como ántes, y vea usted, me he equivocado de medio á medio. Estoy segura de que en su corazon hay siempre un sitio para mí, que nadie podrá ocupar jamás.

ART. Jamás, señora, jamás. (Con espanto.) (Pero qué es lo que estoy diciendo? Esta mujer me trastorna, es de las que tienen gancho!) Para probarla á usted que tiene razon, ahora mismo entregaré á usted... (Buscando en el bolsillo.)

ADELA. Algun regalo de Enrique?

ART. Usted debe saber lo que es tan bien como yo.

ADELA. No recuerdo...

ART. (Si querrá aumentar la dosis.) Pues es completamente cierto. (Buscando en los bolsillos.) Pero dónde he metido yo la letra? (Buscando en un bolsillo.) Eh? (En el seguudo) tampoco. (Tercer bolsillo.) Nada. Pues señor, estas cosas no le pasan á nadie más que á mí.

ADELA. Pero qué sucede?

ART. Que me lo he dejado en el saco de noche.

ADELA. Cuánto lo siento!

ART. (Lo creo!) Ahora no querra irse de ningun modo; y quién tiene el valor de echarla... (Mirándola con atencion.) Lo que es yo no tengo alma para eso... (Como inspirado por una idea feliz.) Ah!

ADELA. Qué es?

ART. No haga usted caso: es que tengo una idea... (Quién me impide que me la lleve... sin violentar su gusto.)

ADELA. Adelante.

ART. Es el caso, que como me han dado una educacion tan esmerada...

ADELA. Y qué mal hay en eso?

ART. Tanto como mal no hay mucho. Pero esa misma severidad de principios me impide muchas veces explicarme con cierta claridad delante de una jóven.

ADELA. (Calle! calle!) Dispénseme usted una pregunta. Le ha hablado á usted Enrique muchas veces de mí?

ART. Siempre, señora, siempre... y...

ADELA. Está bien. (Añada usted á esto el retrato, y la cosa no puede estar más clara.) (Pasa por delante de él mirándole con cierta atencion.)

ART. Tendré algo de particular?

ADELA. No, nada. (No cabe duda: es un pretendiente.) Ahora

lo comprendo todo perfectamente.

ART. Pues bien. (Ah! Mercedes, por tí! todo por tí.) Se trata de una buena accion. Pronuncie usted una palabra, con una sola palabra, puede devolver la dicha y la tranquilidad á un ángel.

ADELA. Es usted el ángel?

ART. No señora, el ángel es otro.

ADELA. Sí? quién? pero no se ruborice usted: el ser tímido no es ningun delito.

ART. Lo cree usted así?

ADELA. Pues es claro! aprenda usted de mí; y no que ahora parece usted una niña más niña que yo misma.

ART. Hasta cierto punto, es muy posible, sí señora. (Qué diablo, adelante!) Señora, yo no creo que soy un Adonis ni mucho ménos... tengo una cara... regular... como dicen los pasaportes.

ADELA. Pues pondremos regular.

ART. Pero en cambio mi fortuna es mejor que mi cara.

ADELA. Caballero, ante todo debo decirle á usted, que para que esta conversacion continúe, falta aquí una persona.

ART. ¿Cuál?

ADELA. Enrique, claro está. Está usted seguro de que él consentirá?

ART. Que si consiente Vergara? (Esta mujer posee una ingenuidad que asusta.)

ADELA. No contesta usted?

ART. Ya veo que á pesar de haber sido injusto con usted, usted le quiere todavía.

ADELA. Y si no le quiero á él, á quién he de querer?

ART. No comprometamos el porvenir, señora!

ADELA. Bueno.

ART. (Levantándose.) Yo mostraré á usted nuevos horizontes, y despues de tantas y tan encontradas sensaciones como usted ha experimentado, admiraremos juntos la tranquila selva, la llanura estensa, el profundo lago. (Adela le mira y suelta la carcajada.) Ah! ya! si se ríe usted no hacemos nada.

ADELA. Me rio de buena fe, no es por ofenderle.

ART. Pues entónces prosigo.

ADELA. Pues entonces me retiro. (Con intencionada acentuacion.)

ART. Cómo?

ADELA. Si señor; he oido á usted largo rato, y á la verdad que si he de ser ingénua, con poco fruto, porque muchas veces no he logrado entenderle. Sin embargo, me parece que es usted como dice, modesto.

ART. Eso sí.

ADELA. Y he creido tambien comprender, que cuando se ha ocupado usted de mis disgustos, tomaba parte en la pena que he sentido.

ART. Mucha parte, señora, mucha parte.

ADELA. De modo que tiene usted tambien buen corazon.

ART. Muy bueno.

ADELA. Pues bien; señor modesto y de buen corazon: eso ya es algo. Hasta la vista, pues, caballero Arturo. (Es simpático.)

ART. Hasta que tenga esa dicha.

ADELA. Hasta la vista. (Váse.)

ESCENA XII.

ARTURO, despues VERGARA.

ART. (Siguiendo con la vista á Adela.) Es una criatura preciosa! Qué lástima que tenga en su pasado esa nube: y vaya una nube! Sin embargo, la mujer es lo mismo que el yeso en manos del escultor. (Con conviccion.) Yo me encargo de modelarla á mi imágen y semejanza. La verdad es que debía habérmela llevado! pero esta educacion tan distinguida... A la primera ocasion, es cosa corriente; me siento con ánimo. (Se pasea con aire satisfecho.)

VERG. Pero imbécil, tú ni sientes ni padeces.

ART. Qué te pasa ahora? Chico, qué aspecto tienes? Pareces un empleado de la Funeraria.

VERG. Pero tú, qué te has figurado? ignoras acaso que adoro á mi mujer?

ART. Y qué? yo tambien, y sin embargo...

VERG. (Sin oirle.) Sabes lo que está haciendo?

ART. No; pero cualquier cosa que haga la hará bien.

VERG. Está haciendo el equipaje.

ART. Pues ya verás cómo queda muy bien hecho.

VERG. Arturo! tú eres para mí la cifra y compendio de las siete plagas de Egipto, y si no mirara... Por culpa tuya me pasa esto.

ART. Por culpa mia?

VERG. Claro! á que te figuras que no te ha visto á tí y á esa desventurada juntos aquí, charla que charla?... pues os ha visto, me lo ha dicho.

ART. Y qué?

VERG. Y qué? que no quiere permanecer un momento más en esta casa, que tú has profanado, y que se marcha á Madrid. Lo oyes, primo imbécil, lo oyes?

ART. No tengas cuidado: yo me encargo de arreglarlo todo: no por tí, que eres un calavera licencioso, que ahora te metes á predicador, sino por Mercedes, por ella haré un nuevo sacrificio.

VERG. Sacrificio has dicho, no por Dios; no te metas á discurrir, porque lo vas á echar á perder más.

ART. Tú no tienes nada que ver con eso: déjame á mí; aquí viene Mercedes, oye y calla.

VERG. (Acabaré por ahogarle, no tiene remedio.)

ESCENA XIII.

DICHOS y MERCEDES, con un saquito de viaje en la mano y muy alterada.

MERC. Vengo á despedirme de ti, Arturo.

ART. Despedirte, Mercedes? eso no es posible.

MERC. No: tú no tienes la culpa, ya lo sé; (Mirando á su marido.) han abusado de tí y se han valido de tu debilidad de carácter, en contra mia.

VERG. Pero escucha, mujer!

MERC. Mire usted, Enrique, le suplico á usted que no me dirija la palabra. (Con alteracion creciente.) Adios, Arturo, adios, adios. (Se dirije hácia el jardin.)

ART. Pero oye, Mercedes, tú no sabes...

MERC. (Estallando de cólera) Qué no sé? qué no sé? Quién está allí dentro? (Señala á la izquierda.)

ART. Ella, es verdad.

VERG. (Á Arturo.) Te voy á saltar las muelas.

MERC. Y entónces?

ART. Entónces, quién te dice á tí que esté allí, ni que haya venido por Enrique.

MERC. Calle! es gracioso: pues por quién, vamos á ver... (Mirando durante un momento á Arturo.) Será por tí, já! já! já!

ART. Y á qué viene esa risa?

MERC. Dispensa, hijo, pero no me puedo convencer de que seas un seductor.

ART. Pues no veo el motivo! Vaya que tiene chiste mi primita.

MERC. Tu invencion carece de sentido comun.

VERG. (Bravo! chico, adelante.)

MERC. Hombre, parece que no sabes bien el papel y necesitas apuntador.

ART. Yo no necesito apuntador, (Con energía.) señora. Lo cierto es que no todas las mujeres tienen los ojos cerrados y ven lo que deben ver; la he hallado en mi camino y no se ha necesitado más. Es una persona decente; puedes estar tranquila, y más todavía, porque voy á acompañarla al seno de su familia.

MERC. De su familia... no, Arturo, de eso me encargaré yo. (Con entereza.)

VERG. (Misericordia, Señor. misericordia!)

ART. Ya comprenderás, Mercedes, que eso no puede ser. Cómo quieres que ella se presente delante de tí? Hazte cargo y reflexiona lo que pasaría por tí si te encontraras en una situacion parecida.

MERC. Yo encontrarme en esa situacion!

ART. Es verdad, perdona, que no ha sido mi ánimo...

MERC. En resumidas cuentas, esa jóven que se halla en mi casa, está bajo mi proteccion, y toda vez que es una mujer honrada supongo que tu intencion será casarte con ella. En este caso...

ART. Yo te diré; mi intencion; precisamente mi intencion...

VERG. Qué duda tiene! esa es, no podría ser otra.

ART. (Qué dice este ahora!) (Mercedes se dirige al pabellon.)

VERG. (Haz ese último sacrificio por mí; mira, esos matrimonios son casi siempre los mejores.)

ART. Casi siempre! vaya, vaya! déjame en paz.

ESCENA XIV.

DICHOS y ADELA.

MERC. Salga usted, señora, salga usted. (Se detiene al reconocer á Adela.)

ADELA. Adios, señora. Enrique, Enrique de mi vida. (Echándose en sus brazos.)

VERG. Qué veo! eres tú! eres tú, hija mia... (La abraza.)

ART. (Esto era lo que yo me estaba temiendo.) Vamos, Mercedes, vamonos! ya nada nos resta que hacer aquí. (Quiere llevársela.)

MERC. Y por qué? estás loco?

VERG. Es Adela! (Dirigiéndose á Mercedes.)

ART. Adela!

VERG. Mi hermana, sí; nuestra hermana.

ART. Su hermana! (Cayendo desvanecido en un sillon.)

MERC. Ah! conque era tu hermana de quien hablaba Arturo?

VERG. Sí; aunque me parece que debe haber alguna mala inteligencia.

MERC. (Riendo.) Lo creo! Anda, anda á cuidar á Arturo, que me parece que no se siente bien. (Á Adela.) Todavia tendrá usted prevencion contra mí? me guarda usted rencor?

ADELA. Todo lo contrario. Desde el momento en que la he visto me ha sído usted extraordinariamente simpática.

MERC. (Qué talento tiene!) (La abraza.)

ART. Su hermana! (Pues digo! si no soy tímido por naturaleza me pierdo miserablemente.)

VERG. (Me explicarás qué nueva barbaridad es esta?
ART. Para qué? me has dicho que me case y me casaré.)
VERG. De veras, eh? qué demonio!

ESCENA XV.

DICHOS y MACARIO por el fondo.

MAC. Señor, aquí traigo un telégrafo. (Dirigiéndose á Vergara sin ser visto de Mercedes, que está entretenida hablando con Adela.)
VERG. y ART. Un telégrama!
MAC. Bueno. Estos señores todo lo dicen al revés. (Enseña el despacho.) Me he presumido que mas valia que no lo viera el ama.
VERG. Bien hecho, Macario, bien hecho.
MAC. Miste ahora como se rie usted. Si soy muy bruto! (Con sorna.) Te veo!
ART. Es de Fany?... Léelo en seguida, hombre!
VERG. (Vuelto de espaldas á su mujer.) Paris con inglés. Salimos —Lóndres—callaré—envia lo que sabes. (Olvidándose de la situacion.) Se ha ido. Buen viaje! gracias á Dios.
MERC. (Acercándose.) Qué alegre estás, hombre! y Arturo por el contrario está tan triste.
VERG. El sentimiento de dejarnos. (Bajo á Arturo.) (Es necesa- que te vayas á Lóndres; ya comprenderás...) (Esto con rapidez.) Por más que le he dicho que era un desatino...
ART. Es que el desatino ese no es mio. El desatino que yo quiero hacer es casarme con mi prima.
MERC. Pues está bueno.
VERG. Y yo?
ART. Esperaré.
VERG. Vamos, vamos, no gastemos chanzas pesadas.
ART. Pero qué chanzas? No es Mercedes tu mujer? No es esta señorita tu hermana? Pues bien: tu hermana es hermana de Mercedes. Mercedes es mi prima, luego la hermana de mi prima es prima mia tambien.
VERG. Acabáramos!

ADELA. Pero caballero...

ART. No me ha dicho usted que se lo dijera á Enrique? pues ya se lo digo. Qué contestas tú?

VERG. Ahora vamo á comer.

ART. Que me place! Por otra parte tampoco me gusta á mí apurar á nadie: á los postres me darás la respuesta.

VERG. Pero hombre, ni que fuera puñalada de pícaro.

ART. Es que ni es puñalada tampoco.

MAC. Pero ustedes vienen á comer ó no?

ART. Quiere usted aceptar el brazo, prima?

ADELA. Con mucho gusto. (Cogiéndole el brazo.)

ART. Vosotros delante: anden ustedes, que allá vamos nosotros.

VERG. Y por qué no todos juntos?

ART. Porque como me han sucedido tantos percances hoy, temería... (Le habla al oido.)

VERG. Qué disparate. (Al público y á Arturo.) Todos estos señores son muy caballeros y nunca hieren por la espalda. Vamos. (Se dirigen hácia el pabellon del centro seguidos de Macario.)

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

El domador de fieras.....	1	SS. Ramos, Campo y Barbieri.	L. y M.
Los rosales de Mañara.....	1	Manuel Caro y Cueto...	Libro.
Una equivocacion de puerta.....	1	Alba y Gisbert.....	L. y M.
Un pobre diablo,.....	1	Antonio Corzo y Barrera.	Libro.
Fausto (*parodia*).....	2	Pina D. y Hernandez....	L. y M.
La flor de Besalú—a. p.....	3	Cañete y Casares.....	L. y M.
Los comediantes de antaño—o. v..	3	Pina y Barbieri.....	L. y M.
Una cancion de amor	3	Rafael de Aceves.....	Música

ENCIA. Han dejado de pertenecer á esta ADMINISTRACION las músicas de *Á a* y *Los pájaros del amor*; el libro de *Doña Casimira* y el libro y música de *is ó los Bufos franceses en Madrid,* todas zarzuelas en un acto; la música de *al de Madrid* y el libro de *El sargento Bailén*, en dos actos, y el libro y música *Azul*, en tres actos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fe* calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directa mente á esta *Administracion* acompañando su importe en se llos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito n serán servidos.